

FOTOGRAFÍA

IMPULSADA POR EL DESEO DE VOLVER A ESTUDIAR, SU CUERPO NO LA DETUVO. POR SU PASO Y HUELLA ¡GRACIAS!

María Andrea Guisen, Universidad Nacional de Entre Ríos/ CONICET, Argentina
maguisen@gmail.com

En el 2014, a los 30 años de edad y cursando el 4to año de la carrera de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, María Soledad Ferreyra tuvo un accidente cerebro vascular. El daño neurológico le causó una cuadriplejía hipotónica, disminución de la agudeza visual y parálisis del aparato fonador. Sin embargo, no alteró su capacidad auditiva, lenguaje comprensivo ni su intelecto.

Sin habla, su comunicación se redujo a respuestas binarias (sí y no) que lograba expresar con leves gestos faciales. La disminución visual le imposibilitó leer; y la inmovilidad de las extremidades, escribir a mano alzada y/o tipear. Las secuelas mencionadas dificultaron su acceso a la información y a la comunicación. En esta nueva condición, Sol cesó su actividad académica en la universidad.

Como investigadora del CONICET, me desempeñé en la (co)construcción y análisis de estrategias para la inclusión social de personas con discapacidad. Mediante un convenio de colaboración con el CeDITE (UTN-FRRO), en el año 2018, mi camino y el de Sole se cruzaron.

Fue una mañana cuando la conocí junto a Mirta, su mamá. Estaba siendo atendida por otra persona del equipo de trabajo. Yo era nueva en el lugar, y a mí no me tocaba el honor. Sin embargo, cuando la vi, sentí algo que no olvidé: quiero ser puente para ella. Y no tardé en ocupar un lugar junto a Sole. Así fue que comenzamos el desarrollo de una estrategia para su (re)inclusión educativa.

Al principio nos costó entendernos, y enseguida nos reímos de nosotras mismas. Lo primero fue enunciar el deseo, para que ella lo escuche y para escucharlo yo. Para que quede claro, para no desviarnos, para que el compromiso tenga palabras: QUIERO VOLVER A SER ESTUDIANTE DE PSICOLOGÍA. Lo escribí y lo leímos una y otra vez. Las palabras resonaban amplificadas. En el encuentro siguiente puse frente a sus ojos el certificado de alumna regular, y le dije: ya empezamos a caminar este camino. No es de vuelta, es de ida...

No podría decir que fuimos de a poco. Ella no perdía el tiempo, y yo asumí que habría ritmo, trabajo, dinamismo; que para acompañarla tenía que estar a la altura de su inteligencia emocional e intelectual. Trabajamos intensamente en la configuración de tecnologías que conseguimos con mucho esfuerzo y poco dinero codo a codo con Mirta. A este equipo humano se fueron sumando otras profesionales que ocuparon roles fundamentales para el logro de los objetivos. En la facultad nos abrieron las puertas y se pusieron a disposición abrazando el desafío de la inclusión.

En uno de nuestros encuentros de trabajo, Sole me dijo que no quería volver a los pasillos de la facultad porque, años atrás, los había transitado caminando. Otro día, más adelante, le volví a preguntar sobre la posibilidad de ir a rendir presencialmente. Le dije que no iba a estar sola; que hoy por esos pasillos iba a transitar una mujer más íntegra, más grande, más valiente, una mujer a la que su cuerpo no la detuvo. Entonces me dijo que sí, que iba a ir a rendir. Y fue una fiesta ¡Y claro! volvimos a llorar y a reírnos al mismo tiempo y juntas.

Así, entre el 2018 y el 2020 Sole alcanzó a aprobar 5 finales y cursar otras dos materias. Comenzaba a asistir semanalmente a la facultad cuando llegó la pandemia. La metodología de estudio, cursado y examen fue evolucionando semana a semana, superando las condiciones institucionales, humanas y técnicas para su accesibilidad académica. Su presencia, firme y constante, comenzó a resonar por los pasillos de la facultad. Así, al grupo de trabajo se fueron sumando docentes que asumieron la diversidad y modificaron su modalidad educativa.

El proyecto para la inclusión de Sole fue pensado desde un principio como el tejido de una red colaborativa¹. Nos permitimos (re)pensarnos habilitando el intercambio de miradas y preguntas que nos interpelaron en nuestro hacer con la humildad que propicia el aprendizaje. Sole no fue destinataria y menos espectadora de esta obra. Por el contrario, fue su directora, hacedora y protagonista.

En este transitar conjunto, nos encontramos con dos sorpresas: la primera fue que, existiendo un marco jurídico que parece garantizar la inclusión social de personas con discapacidad, hubo que “hacerse camino al andar” reivindicando los derechos con el que Sole debería haber contado desde un principio. La segunda, fue la permanencia de voluntades individuales que se aunaron para la institucionalización de los procedimientos que habilitaron tanto su inclusión, como la de quienes vengán detrás.

En el Encuentro de Derechos Humanos (octubre, 2019) Sole expresó *“Espero que mi experiencia sirva de ejemplo para todos aquellos que se encuentren en una situación compleja o de características similares a la mía. La educación es un derecho y es para todos. Mientras el deseo este vivo ¡lo imposible no existe!”*. En esta misma dirección, Cecilia Barraqué, su psicopedagoga, continuó *“deseo que esta experiencia de inclusión no quede plasmada como una eventualidad sujeta a la buena voluntad de algunos; sino que las universidades asuman el compromiso de mantener despejado el camino que logramos abrir de manera que otros lo puedan transitar con menor esfuerzo”*.

Con el impulso de Sole, avanzamos todos: su familia, investigadores, personal de la universidad y terapeutas. Nos embarcamos en un proceso micropolítico que cuestionó el orden social que vulnera a las personas con discapacidad y continúa justificando la omisión de prácticas inclusivas. Lo hicimos por los derechos de las personas con discapacidad como concepto y precepto, y unidos por la fortaleza y convencimiento de Sole. Así lo describió Silvana Reta (alumnado de la Fc. de Psicología - UNR) *“Sus ojos reflejaban lo que decía, nada la limitaba en su deseo de vivir. Sole, expresaba en su rostro el lenguaje, risas y sobre todo, amor a lo que hacía. Hoy nos deja su lucha. Nunca sabremos qué somos capaces de lograr si no nos atrevemos a intentarlo, ella lo intentaba día a día”*.

En plena pandemia, y sosteniendo su compromiso como estudiante de psicología, Sole se despidió físicamente el 13 de agosto del 2020. Nuestra experiencia fue intensa, amorosa, persistente y, sobre todo, alegre. Ella era una mujer potente y, para mí, mucho más que una compañera de trabajo y experiencia de investigación-acción. Sole me nutrió de amor y aprendizaje. Hoy la visualizo sonriente, liviana y danzando libre; así la guardo en mi corazón.

Por todo lo que la quiero y aprendimos juntas, por su paso y huella, GRACIAS María Soledad Ferreyra.

¹ Formaron parte de esta red: Mirta (mamá de Soledad), Cecilia Barraqué (psicopedagoga), Silvana Reta (alumnado Fc. de Psicología - UNR), Soledad Cottone (Decana Fc. de Psicología - UNR), Guadalupe Aguirre (Derechos Humanos- Fc. de Psicología - UNR), Dirección de inclusión y accesibilidad – UNR, y docentes de la Fc. de Psicología - UNR.



Nota: la foto es una selfie que nos sacamos el 30 de noviembre de 2018 quien escribe - María Andrea Guisen- (a la derecha) y María Soledad Ferreira (a la izquierda) en el patio de la Fc. de Psicología de la UNR el día en el que, luego de 4 años de ausencia, volvió para rendir el final de la materia Metodología de la Investigación Psicológica.

Fecha de presentación: 26/02/2021

Fecha de aprobación: 01/03/2021